

ENTONCES VIVIA EN UN PUEBLECITO DEL SUR...

"Tu sueño y tu recuerdo, quién lo olvida, tierra nativa y mía, más mía cuanto más lejana." (Cernuda.)

ENTONCES vivía en un pueblecito del sur...

La calle en que vivíamos—ancha y terrosa, soñada calle provinciana—tenía el nombre de un marino famoso, según nos contaba mi padre. Por eso, desde entonces, yo soñaba en el mar, quería llegar a ser también marino. Pero yo soñaba en el mar, sólo por la gloria y grandeza del mar mismo. (Nada sabía aún de la fama cominera y versátil que la veleidad de los hombres pone o quita.) No soñaba ganar renombre mediante aparatosas batallas dadoras de prestigio; deseaba la vida, la vida y el mar, presintiendo ya entonces la extraña y enorme semejanza que existe entre el mar y la vida. Presintiendo, nada más, porque aún no conocía el mar y tampoco sabía lo que era la vida. Y ahora, ¿lo sé bien, acaso? Uno sólo "sabe" definiciones; pero éstas son siempre frías, exactas, no se sienten ni se viven. Dice una, por ejemplo: "Hay vida cuando hay actividad, animación." Quiere decir, pues, que la vida se siente con el ánimo. Pero, entonces, ¿hay momentos en los que no se "vive"? ¿Qué frontera separa la vida de la muerte? ¿La vida traspasa a la muerte, si es también vida, según otra definición, "el estado del alma después de la muerte"? Bien pensado, cada uno sabe apenas lo que es "su" vida. Y luego, que es también necesario hacérsela a la propia medida; y luego, la indecisión, la situación de timidez, indiferencia, angustia, como aquel personaje que decía: "Mi conciencia tiene miedo; no tengo confianza en mí, no llego a adaptarme a la vida, a dominarla." Sí, hay, con dolorosa frecuencia muchas veces, difíciles, atormentadores momentos en los que—sin palabras, como todo lo hondo y trascendente, que no las precisa—uno se interroga hacia adentro si se vive, momentos en que se tiene la impresión que tan bien puntualizaba el viejo Charles Du Bos, de "ver a la vida fluir paralelamente a uno sin poder jamás abandonarse a su corriente". En estos momentos tensos, dolorosos, como de parto, en los que nada sucede aparentemente, "uno abre—grandes—los ojos; se esfuerza por verificar la existencia material de los objetos en derredor; pero ese mismo esfuerzo sirve tan sólo para acrecentar la angustia. Nada como ese estado nos produce la sensación de envejecer". Sin embargo, en aquellos días lejanos yo vivía solamente, crecía y no envejecía como ahora, presintiendo y amando. Y ese amor y deseo del amar, lo he guardado hasta hoy igual, pueril, adolescente, ardiente y noble, como un sueño, soñando siempre y siempre en vela...

Pero si no tenía el mar a los ojos, sino adentro, en los sueños, poseía, en cambio, el cielo, la esplendidez del cielo del sur, del dombo pródigo y suave del cielo del sur, a cuya ribera yo vivía. Y ése era también el mar. Mejor, más amigo y siempre presente para mí. (Esta ha sido una de las contadas ocasiones, en la larga cadena de mis sueños y sus choques con la realidad, en que ésta, la realidad, fué igual o superior a lo soñado.) Mientras yo poblaban este *mar cielo* de imágenes, de viajes, de historias, de seres, de todo lo que se dice que habita las ilusiones; los días—el tiempo—le ponían su variedad de matices, lo decoraban con la varia abundancia de figuras de la bonanza o la tormenta. De este modo, vivía entre el desleído rumor o fragor de los hombres, las cosas y el curso inadvertido de los días, pues no conocía entonces la inexistencia tan dura del tiempo, ni me torturaba todavía su duro imperio irremediable. Era dueño del mar y del tiempo, de un mar y de un tiempo irreales, de sueños, mas no por eso menos vivos y veraces.

Nunca como entonces he poseído tanta riqueza.

Entonces vivía en un pueblecito del sur, fresco de constante verdor y bañado en la cruz de todos los vientos y las brisas. En especial, la "Travesía" y el "Puelche" se disputaban el rondel de su helada cantilena a lo largo y ancho de aquel pueblecito lento y silencioso, parecido en cierta forma a esos muchachos sombríos—futuros suicidas o solitarios sin remedio—, macilentos o tímidos, que sufren la vergüenza de unos pantalones irremediamente cortos. Era un pequeño pueblo mediterráneo, situado entre el mar y la sierra, distante y próximo a la vez al uno y a la otra. Vigilando el blancor perenne de la nieve cordillerana—Antuco, Tricauco, la Sierra Velluda—, pero, tal como yo, soñando tan sólo el mar aun en el nombre de algunas de sus hermosas calles tranquilas, sin poder reco-

nocerse jamás en las aguas perdidas y remotamente vistas, estaba situado el pueblecito. Era un pueblo—hoy creo que convertido en ciudad, quiere decir crecido en número y progreso, en orgullo y vicios—, estrecho y alargado como casi todos nuestros pueblos pequeños que buscan parecerse, si quiera en la silueta externa, a la figura del país, figura angosta, larga como la espada del anhelo, espada bendita y desgarrado filó de nuestra tierra.

La calle en que vivíamos era ancha y terrosa. En los buenos días, en las fecundas estaciones, cuando la tierra era más joven y los hombres mejores; cuando había abundancia de pan y, sobre todo, la alegría roja de los buenos vinos, la gente del barrio, rudos hombres de campo avocados de pueblerinos, agricultores cuyas tierras comenzaban al borde mismo del pueblo, se reunían en ella, en nuestra calle, unas cuantas cuadras más al poniente de nuestra casa, a ver y jugar las carreras "a la chilena" que allí se hacían y en las que casi siempre ganaba alguno de los lozanos caballos de mi abuelo materno, don Silverio Augusto. Por eso ahora, en los cansados e indiferentes días que cursaba mi infancia, todavía esta parte de la calle del Almirante Blanco Encalada, ancha y terrosa, se llamaba "cancha de carreras". Mas ahora, en estos días indiferentes y lentos, sólo corrían por ella unas horas flojas, perdidas, aéreas, llenas de la alegría irresponsable o chillona del "Toco", "Toño", Gera, "Chumita", Benito, el gringo Ramberto y tantos otros de los muchachuelos del barrio. La mía no. Yo nunca tuve una alegría turbulenta, es decir, expresada exteriormente en grito alborozado, ni aun el corto tiempo que tuve y conocí a mi madre. No quiero decir que haya desconocido la alegría verdadera, la alegría profunda y buena del corazón silencioso. Siempre fui solitario, callado, retraído. Jugaba mejor con las aves, dueñas del espacio, y con el sol, rey del cielo. Los pájaros... Cada año, en largas flechas negras y ágiles, cru-

zaban, con su algarabía de libertad gozada en plenitud, las aguas de aquel cielo que era mi mar y que yo atalayaba desde mi ribera de sueños. Venían, bajaban desde el misterio verdinegro de la montaña hacia la alta promesa de los valles de la costa. ¡Oh!, ellos sí que eran felices: eran libres y podían llegar hasta el sol, sobre las nubes que a mí me lo vedaban a veces; conocían el mar, el mar ilimitado de arriba y el bullente de abajo. Mientras que yo debía contentarme con esperar que el sol viniese hasta mi huerto, debía contentarme con esperar y crecer mi vida hasta el mar. Por eso, cada vez que pasaban las enormes caravanas de choroyes con sus alborozo desordenado y estridente, salía yo—los brazos, dos alas imitadas—, ansiosas—al jardín, gritándoles en la medida de mi angustia o de mi anhelo: "¡Llévenme, llévenmeeee. Me voy, me voy...!" Y luego quedaba allí, rotas, caídas lentamente, las alas imposibles, llorando a veces, pero siempre más tristemente solo.



Mis hermanos se burlaban cada vez de mí y terminaron por apodarme "Choomboy", imitando mi llamada o el grito de los pájaros. Mi padre, empero, nunca se burló de mí. A veces se me acercaba con el grave rostro bondadoso envuelto en una sonrisa triste: pasaba sus dedos tan sabios y tan firmes por mis cabellos y, atrayéndome hacia sí, solía decirme, la voz y la mirada lejanas, proféticas:

—No llores, "Choomboy", no llores; algún día te llevarán, alguna vez podrás irte tú también...

Y no sé qué dejo de tan honda melancolía tenían entonces sus palabras. Yo hundía la cabeza y encogía los hombros, tal un pájaro herido, sin comprender y sin atreverme a mirarlo, angustiado por el instintivo temor de ver anublado su mirar luminoso y sereno.

También jugaba a veces con el sol, cuando hacía brillar el polvo, levantando visiones de maravilla a lo lejos, o cuando pintaba figuras y leyendas

en las nubes, o cuando hacía sangrar la nieve alta y presente de Los Andes. Pero, sobre todo, me entretenía a la hora de la siesta, a esa hora de mayor abandono de las calles que también parecían tumbarse rendidas bajo el peso de su aliento poderoso. Me echaba de bruces al suelo, con mi basto mameluco de mezclilla—buzo protector que mi madre había descubierto para librarse o librar nuestros trajes de la mugre y los "sietes"—y buscaba descifrar el misterio de la laguna y el paisaje encantados que la resolana suspendía sobre la superficie extensa y lisa de la "cancha de carreras".

Aún ahora sigo añorando ese espejismo estival, hermano de mi precoz tristeza de niño ensimismado.

Entonces vivía en un pueblecito del sur...

Santiago de Chile.

ANGEL CUSTODIO GONZALEZ V.